

**JOHN  
WISWELL**

**ALGUIEN  
EN QUIEN  
ANIDAR**

Traducción de Laura Moreda Caballero

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Someone You Can Build a Nest In*

Publicado por acuerdo con Astra Publishing House, en conjunto con su agente 2 Seas Literary Agency y su co-agente SalmaiaLit.  
Revisión de pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Primera edición: enero de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © John Wiswell, 2024  
© de la traducción: Laura Moreda Caballero, 2026  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 979-13-7009-140-8  
Depósito legal: M. 19.860-2025  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Dedicado a todos aquellos a quienes  
les han hecho sentirse monstruosos*



**PARTE UNO**



**LA SIERPE DE SUBESTIMADA**



## CAPÍTULO UNO

Todos los años, cuando Shesheshen hibernaba, soñaba con el nido de su niñez.

Ay, lo cálido que era. Una calidez que no se parecía en nada al mundo adulto, un calor suave y maleable que los mantenía a sus hermanos y a ella con vida. En aquella calidez, se alimentaban de vida en bruto. Las costillas de su padre, ricas en médula ósea, crujían con delicadeza en sus bocas y les proporcionaban el primer festín de su vida. Sus depósitos de grasa eran generosos, y sus entrañas los resguardaban de la crudeza del invierno. Si Shesheshen hubiera podido pasarse toda la vida en el interior del nido fabricado con los restos mortales de su padre, lo habría hecho.

Pero toda infancia llega a su fin. La suya terminó cuando una de sus hermanas le mordió el talón. Sus hermanos maduraron demasiado deprisa y comenzaron a ansiar algo más que la carne de su padre. Shesheshen tuvo que defenderse usando los fragmentos dentados de la pelvis de su padre: su último y más preciado regalo. También el ataque fue un regalo de sus hermanos, pues pasó una semana alimentándose de sus deliciosos cadáveres.

El duelo no era algo innato en ella. Durante un tiempo, extrañó la succulencia de sus hermanos, y tuvo algún ocasional momento de nostalgia de compartir su calor corporal. Sus presas eran poco memorables. De su madre solo recordaba sus amplias fauces y los colmillos artificiales de acero que portaba. Aun así, Shesheshen

siempre echaría de menos el nido en el que se había convertido su padre. Había sido un buen padre, y un entorno aún mejor.

Nada podía compararse con aquel nido. Aquellas ruinas eran poco más que una cueva abandonada. En los lugares donde el clima había derrumbado el techo, habían crecido píceas irascibles para tapar los huecos. La hiedra venenosa y las telarañas constituían la única decoración, y crecían hasta cubrir todo lo que un día consiguieron los arquitectos.

En las profundidades bajo las ruinas yacía una fuente termal subterránea que algún aspirante a humano había conectado al cuarto de baño. Hoy en día la cámara estaba inundada de una lúgubre humedad que se había vuelto salobre y amniótica a causa de las excreciones de Shesheshen. El interior de las aguas era casi opaco, y resultaba un lugar refrescante para hibernar durante los inviernos.

No obstante, unos ruidos la despertaron antes de tiempo. Su guarida volvía a recibir visitantes poco gratos. Y ni siquiera se habían limpiado los zapatos.

Los escuchó antes de poder verlos. El agua de la fuente termal se extendía a través de muchas de las grietas de los cimientos de la edificación, y los sonidos viajaban desde todos los rincones de la propiedad a través de una red acuática que alertaba a Shesheshen cuando se acercaba algo peor que un oso.

—Por los dioses de arriba y abajo. ¿Rourke? ¿Hueles eso?

—Sí. Como a muerte pero sin el azufre. Esto no es una sierpe.

Había dos visitantes. Ambos hombres humanos, cada uno con dos pies que se tropezaban con la maleza que se hallaba en el umbral. Se detuvieron en el vestíbulo, husmeando y tratando de reprimir las arcadas. El vestíbulo desembocaba en varios pasillos, uno de los cuales los conduciría hasta Shesheshen. Pero, por suerte, ellos desconocían de cuál se trataba. Tenía que actuar antes de que eso cambiara.

—Malik, no te me desmayes. Ponte la máscara —dijo el que se llamaba Rourke.

—Estoy bien —respondió el tal Malik—. El contrato es para una sierpe. ¿Podría tratarse de una sierpe oriental? ¿Del imperio Al-Jawi?

—Esos huelen a pan quemado. Este apesta a infección. Te digo que lo que está ahí dentro, sea lo que sea, no es una sierpe.

El que se llamaba Malik escupió en el suelo y no lo limpió después.

—Entonces ¿qué es? —preguntó.

Rourke sofocó una tos, probablemente con el puño.

—No estoy seguro. Pero necesitamos sacerdotes. Tres como mínimo.

A Shesheshen le gustaban los sacerdotes. Tenían sabor a honestidad.

—¿Os acabo de oír mencionar a unos sacerdotes?

Shesheshen pensaba que solo había dos humanos. Pero se equivocaba. Como habían interrumpido su hibernación, estaba distraída y con la mente nublada. El que había gritado era un tercero, cuya voz iba acompañada del ruido metálico de su pesada armadura adentrándose en el vestíbulo.

Escuchó sus pisadas con atención; el ruido de su armazón producía una cacofonía, pero creía que aquel tercer hombre era también el último.

—Señor Pirolupus, debido a ciertos detalles del entorno, tenemos motivos para creer que necesitamos ayuda religiosa... —dijo el que se llamaba Malik.

—Por última vez —lo interrumpió el tercer hombre—, mi familia no tiene contratada a toda la región. Dijisteis que erais expertos. Los expertos no necesitan contratar a ninguna otra persona. En eso consiste la experiencia. ¿Ahora queréis sacerdotes? ¿Vosotros dos cazáis monstruos o solo les rezáis?

—Señor Pirolupus, no creo que deseéis entrar por ahora. El olor es muy penetrante —dijo el que recibía el nombre de Rourke.

—No me digas lo que tengo que hacer. He matado a lores. Los Pirolupus llevamos matando sierpes desde...

Sus palabras quedaron sofocadas entre sonidos de asfixia. Las placas de metal de su armadura emitieron un chasquido melodioso, como si se estuviera inclinando hacia delante. No había duda de que el tercer hombre estaba teniendo arcadas. Shesheshen esperaba que llevara puesto el casco y que decorara el inte-

rior con su vómito. Se lo tendría merecido por entrar en una propiedad privada.

El nombre «Pirolupus» también le resultaba familiar; una familia que afirmaba ser la propietaria de su guarida y que de vez en cuando le mandaba algún asesino para encargarse de ella. Era la primera vez que se encontraba con un Pirolupus en persona. Pero ahora no estaba de humor para presentaciones.

—Os advertimos sobre el olor —dijo Rourke.

—La próxima vez salid para advertirme. Dame una de tus mascarillas —dijo Pirolupus.

—Es una herramienta muy delicada —dijo Malik.

—Herramientas que está financiando mi familia. Y ahora id a encontrar y matar a esa sierpe antes de que vaya a buscar a unos cazadores de monstruos que de verdad los cacen —sentenció Pirolupus.

Escuchar las diatribas de aquellos hombres le resultaba agotador. Para ser asesinos profesionales, hacían muchísimo ruido. Cualquier cazador que se precie habría recurrido al factor sorpresa. Si Shesheshen hubiera sido tan despiadada como para asesinar como fuente de ingresos, se habría colado en la guarida y habría envenenado el estanque con romero y soda cáustica para que el objetivo muriera mientras dormía.

Pero Shesheshen no era una cazadora de monstruos.

Ella era la presa.

Había tres visitantes armados y ella aún seguía débil tras la hibernación. Sus músculos estaban tan débiles que no debería haberse levantado hasta dentro de varias semanas. Al tensarlos, los tejidos blandos le comenzaron a temblar tanto que amenazaron con licuarse. Hoy no tenía fuerzas para una gran batalla.

Tenía que hacer algo, y pronto. No podía permitir que aquellos asesinos encontraran su habitación y la arrinconaran. Harían algo horrible, como prenderle fuego al lugar o derrumbarlo sobre ella.

Abrió varios bolsillos en su piel y respiró por primera vez en la temporada. Al aspirar el aire rancio y glacial, sintió como si se le formaran témpanos de hielo en las entrañas. Se estremeció, utilizó el aire para hincharse y salió del estanque. El agua se deslizó por

todos los bultos de su cuerpo, debilitado tras varias semanas de hibernación, y se derramó por el suelo de piedra hasta que la criatura emergió por completo. Haber estado sumergida en agua durante tanto tiempo le había dejado la carne empapada. Dio un paso y se desplomó contra la pared más cercana.

Siempre le resultaba difícil volver a estar consciente. Con un poco de suerte, los cazadores de monstruos no lo habrían oído. Sería vergonzoso morir en aquel estado.

Había digerido por completo la mayoría de los huesos que había almacenado en su interior durante la hibernación.

Los de su especie no tenían una estructura interna muy sólida, del mismo modo que los cangrejos ermitaños de las playas del norte carecían de caparazón y tenían que conseguirlo rebuscando. Para compensar, su madre llevaba unos colmillos prostéticos de acero cuando cazaba. Aquel recuerdo de su madre le había enseñado la importancia de tener herramientas a mano.

Por todo el suelo de la sala de baño había varas de hierro y piedras pesadas que había dejado fuera la temporada pasada. Rodó sobre ellas para que le hicieran cortes en las capas externas de la piel, y el escozor que sintió la ayudó a desperezarse. Sus entrañas estrujaron aquellas varas y piedras y las alinearon para crear una estructura esquelética poco definida. Una cadena de acero que antaño sirvió para retenerla ahora le servía de excelente columna vertebral, pues era flexible sin llegar a romperse cuando las catapultas la bombardeaban con escombros.

En el interior de su pecho, donde los humanos alojaban los pulmones, ella metió un cepo abierto. Era su propiedad esquelética más preciada. Ya no servía para atrapar osos, pero ella lo conservaba como mandíbulas secretas para cuando la gente necesitaba un buen mordisco.

Los extremos más duros de sus huesos improvisados le desgarraron las entrañas y sus pobres tejidos tuvieron que generar cartílago y tendones para ajustarse. Aquel dolor le hizo temblar contra la pared. ¿Así era envejecer?

Ahora Pirolupus hablaba más alto, y se lo oía a través de las paredes de caliza y desde el otro lado del pasillo.

—Quiero a la serpiente muerta antes de que madre llegue al campo —exclamó—. ¿Sabéis lo que le disgustaría encontrarse con esa cosa? Claro que no. Ahora decís que ni siquiera sabéis lo que es.

La voz de Malik era más suave. Shesheshen tuvo que esforzarse para oírlo.

—La criatura ha dejado muchas marcas en las piedras que pueden ser de garras o dientes, y aún no hemos encontrado excrementos. Seguimos investigando.

—Mi padre murió luchando contra esta cosa, así que os puedo prometer que mi familia sabe lo que es: es una serpiente.

Aquella palabra le resultaba familiar. A Shesheshen la habían llamado así muchas veces, sobre todo cazadores alarmados. También había oído que usaban la palabra «serpiente» para referirse a dragones, arañas, qilins, kappas y jirafas. En su experiencia, era un epíteto para cualquier cosa que los codiciosos humanos quisieran ver muerta y no se atrevieran a matar por sí solos.

—Serpiente o no —dijo Rourke—, si de verdad queréis a esa cosa muerta, solo hay una forma de hacerlo. Para deshacerse de ella y herirla lo suficiente como para matarla vais a tener que reducir su guarida a cenizas.

—Ah, sí. Voy a quemar una construcción de piedra. Gracias a dios que he contratado ayuda profesional.

—Ahí dentro podría estar escondida en cualquier sitio. Con el aceite suficiente, el fuego la encontrará.

—Este lugar es la casa ancestral de mi familia. Por supuesto a vosotros no os importa que se destruyan las valiosísimas reliquias familiares. Pero os he contratado para que me traigáis la sangre de la serpiente. Al menos uno de los dos sabrá leer, ¿no? Está en vuestro contrato. Madre quiere su corazón. No podemos llevarle un corazón carbonizado.

—Quizá deberíamos discutir la estrategia en privado —señaló Malik.

Pirolupus siguió despotricando.

—Nada de estrategias que impliquen asarla. Si queréis que os pague, vais a tener que abrirla en canal y recoger la sangre con un recipiente. Madre fue muy clara: quiere sangre, no fuego.

Vaya, aquello sí que era interesante. La familia Pirolupus se iba a sentir muy decepcionada cuando descubriera que no tenía sangre. De hecho, carecía por completo de uno de esos inoportunos sistemas circulatorios de los mamíferos.

—No nos pagáis lo suficiente para morir aquí —dijo Rourke.

—Adelante, entonces. Incumplid el contrato. Os convertiréis en forajidos. Ya veremos cuántos encargos os salen cuando tengáis a madre y L'État Bon dándoos caza.

—Rourke. Vamos. Tenemos aceite de romero. Los ciudadanos afirman que funciona —susurró Malik como un hombre que no sabe susurrar.

Entonces se escuchó el crujido del cuero separándose del acero de las hojas.

—¿Cuánto romero tenemos? —preguntó Rourke.

Aquello hizo que Shesheshen se agarrara a los ladrillos de caliza de la pared. ¿Esa gente tenía aceite de romero?

Emitió maldiciones por múltiples orificios. Aquellos cazadores de monstruos habían investigado bien. Una de las cosas a las que era intolerante era al romero. Una vez, una joven de la zona había recubierto un pedazo con azúcar y la había engañado para que se lo comiera. Shesheshen orinó bilis durante una semana.

En ese momento su carne ya luchaba por mantenerse erguida sobre sus huesos improvisados. Tenía que comer y recuperar fuerzas. Una pelea no terminaría bien. Lo último que deseaba era despertarse para morir.

Pero con la edad había adquirido astucia. Mientras los humanos charloteaban sobre la mejor manera de matarla, ella soportó los dolores del crecimiento y formó dos piernas bastante aceptables. Renqueó durante un rato para convencerse a sí misma de que en líneas generales aquellos tobillos y rodillas funcionaban.

En una repisa junto a la puerta tenía una serie de pelucas que había confeccionado con el cuero cabelludo ya inservible de algunas personas. Escogió una peluca de color negro hollín para su disfraz. Luego añadió una caperuza roja; era una posesión que se había dejado un antiguo residente de la guarida, de la época en la

que aquel edificio había sido un castillo, o un lupanar o cualquiera de esas cosas de las que disfrutaban los humanos.

Mientras sus entrañas se agitaban para formar una apertura esofágica, se envolvió con la prenda roja y tiró de la capucha hacia abajo para esconder su exigua cara. Era una actuación que ya conocía. Al desplazar su masa corporal en el interior de la capa, daba la impresión de tener una complexión esbelta. El bajo acampanado de la capa le proporcionaba el espacio suficiente para esconder la mayor parte de su masa corporal. Ya se había hecho pasar por humana en numerosas excursiones cuando estaba en plena forma. Ahora, exhausta como estaba tras la hibernación, era un riesgo.

Shesheshen empujó la puerta hacia abajo mientras la abría para que la madera arañara el suelo de piedra. El sonido le provocó una punzada en los oídos, así que si a ella la había molestado, lo más probable era que aquellos hombres se lo hicieran encima. Una parte del engaño consistía en anunciar su llegada con antelación.

Corrió con los pies húmedos golpeteando el suelo tan fuerte como pudo. Debían saber que algo se dirigía hacia ellos, y así estarían preparados para enfrentarse a una pesadilla.

Pero con lo que se encontraron fue con una joven de rostro preocupado bajo una caperuza roja y con las manos enguantadas y temblorosas. Se volvió hacia ellos con la expresión más atemorizada que fue capaz de adoptar, lo cual no le resultó difícil teniendo en cuenta que había tres rostros asustados mirándola.

Los tres asesinos a los que había estado escuchando a escondidas se encontraban en su vestíbulo. Dos de ellos iban vestidos con funcionales prendas de cuero y llevaban puestas unas incómodas mascarillas sobre la boca y la nariz. Uno de los hombres era mucho más joven y tenía la forma de un barril al que le hubieran crecido brazos, con varios pendientes en las orejas. El otro era un viejo decrepito con mechones canos sobresaliendo por todos los rincones de su uniforme y con los ojos verdes como agujas de pino.

Debía de tratarse de Malik y Rourke, que se erguían frente al tercer hombre en ademán protector y sostenían sendas lanzas con las hojas apuntando hacia el vestíbulo.

El tercer hombre se escondía tras ellos y portaba una armadura dorada que ascendía hasta su garganta. ¿Quién llevaba oro como protección? No era bendito, pesaba muchísimo y era uno de los metales más blandos que Shesheshen hubiera mordido jamás. La coraza del hombre estaba moldeada para simular unos pezones y unos abdominales marcados. Algunas partes de ella salivaron al pensar en machacar la coraza. De la cadera del hombre colgaba una especie de ballesta, colocada en mal ángulo, que era más probable que acertara a uno de subordinados antes que a ella.

No le resultó difícil identificar a Pirolupus.

—Señores y patronos. Gracias a los dioses de arriba y abajo que han venido. La serpe podría despertarse en cualquier momento. Por favor, hablen bajo o nos despellejará vivos —dijo Shesheshen.

Dijo aquellas palabras con suavidad, dado que era más fácil fingir un susurro que una voz a pleno pulmón. Mantener una estructura vocal abierta y funcional como aquella requirió mucha concentración. Le resultaría más fácil cuando hubiera consumido la de una persona. Quizá alguno de los cazadores se la donara.

El cazador viejo, Rourke, bajó la lanza.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacha? La gente de la ciudad dice que hace años que nadie se acerca a esta guarida.

—Señor —respondió Shesheshen—, la serpe me ha tenido a oscuras durante tanto tiempo que no recuerdo cuándo me secuestró. Me tenía cautiva en una de las cámaras inferiores del edificio.

El cazador más joven, Malik, hizo una señal sagrada frente a sí.

—¿Te tenía retenida? —preguntó después.

—Pensaba que esa cosa habría consumido a cualquiera que hubiera secuestrado antes de hibernar —dijo Rourke.

Y el viejo cazador tenía razón. Shesheshen nunca se dejaba comida en la despensa antes de hibernar. Si lo hacía, los restos se echaban a perder y atraían a los carroñeros, que le resultaban muy molestos cuando intentaba regenerarse.

Imitó la señal sagrada de Malik con una mano y luego se siguió sujetando la capa. Por algún motivo, aferrarse a la ropa era un indicio clásico del patetismo humano. Según su experiencia, la tela nunca salía huyendo, ni aun que un monstruo se comiera tu cabeza.

—Señores, la sierpe me ha perdonado la vida a cambio de mis canciones. Solo consigue dormir cuando le canto canciones oscuras de tierras lejanas. No sé de dónde provienen los versos, pero me hielan hasta el alma. Si despierta, destruirá la ciudad con su apetito voraz.

—¿Con esa voz chillona? —dijo el hombre de dorado, que era sin duda Pirolupus—. Imagino que un condenado monstruo como ese tendrá un gusto pésimo para la música.

Los dos cazadores de monstruos le lanzaron una mirada asesina a su jefe. Pero las miradas desaparecieron antes de que Pirolupus reparara en ellas. Sinceridad con reservas. Un atributo típico de los humanos.

—¿Cómo os llamáis, señora? —preguntó Malik.

—Roislin —ponderó Shesheshen.

Era un nombre engmarés creíble. Seguro que se había comido a alguien llamado así.

—Roislin. Me llamo Eoghan Rourke y este es mi compañero, Nasser Akkad Malik. Nuestro patrón aquí presente es Catarsis Pirolupus, el hijo de la baronesa. Hemos sido testigos de mucho dolor causado por los monstruos en este mundo. Nadie debería ser abandonado a merced de una bestia tan impía y despreciable. Venid con nosotros. Tenemos agua y azucarillos en nuestro carro. ¿Verdad, Malik?

—Así es —dijo Malik mientras le ofrecía la mano—. Os sacaremos de aquí. Mañana mismo estaréis en la ciudad.

Pero lo último que quería era ir a la ciudad. Estaba llena de humanos detestables, en concreto de la clase que contrataba a cazadores de monstruos. Lo que ella necesitaba era estar sola y descansar.

—Señores, si huimos juntos, la sierpe nos dará alcance antes de que lleguemos a la segunda colina —dijo añadiendo una nota aún más chillona a su voz—. Ahora mismo conoce mi olor mejor que cualquier otro. Necesito que me consigan un arma.

Fue Pirolupus quien respondió:

—¿Un arma?

—Por favor. En la zona occidental de la isla más septentrional de Engmar crece una planta con flor a la que los residentes de la

zona llaman «mandíbula del invocador». Es la única hierba que la bestia teme. Puede desgarrarle la piel y hacer que su coraza se debilite. Una maldición de los benditos dioses de arriba y abajo. Si pueden recoger la planta, yo la mantendré dormida hasta que regresen, y entonces podremos ser libres.

En realidad, la mandíbula del invocador ni siquiera le daba alergia. Los mercaderes decían que era un remedio para los pequeños cortes y magulladuras. Sin embargo, Engmar estaba a varios países de distancia. Cuando aquellos aspirantes a asesino hubiesen finalizado el viaje, ella ya estaría completamente descansada, alimentada y preparada para lidiar con ellos. Con un poco de suerte, extenderían el rumor de que se trataba de su única debilidad y los próximos cazadores cometerían el mismo error.

—He oído hablar de la mandíbula del invocador. Se usa con fines medicinales. Tiene sentido que a los diablos los debilite —dijo Malik.

Rourke se bajó la máscara, se desató el casco y lo sostuvo sobre el pecho.

—Roislín, yo también soy de Engmar. He viajado por el mundo durante muchos años y he conocido muchas culturas. Y ofrecerte a quedarte en la cueva cantándole al monstruo para que permanezca dormido con la esperanza de que encontremos algo con lo que desgraciarlo me parece el mayor acto de valentía del que jamás haya sido testigo.

—Y una mierda. —Catarsis Pirolupus irrumpió entre los dos cazadores de monstruos e hizo que a Rourke se le cayera el casco, que golpeó el suelo con un chasquido. Pirolupus le dio una patada y el objeto se deslizó hasta la entrada de la guarida—. No pienso dar vueltas por la campiña hasta que me salgan canas en los huevos para buscar hierbas mágicas. Madre os paga para que matéis a esa cosa esta semana. No puede seguir con vida cuando llegue.

—Señor, esa hierba es la clave para matar a su monstruo —dijo Malik.

—No se contrata a un cerrajero para que encuentre una llave. Se lo contrata para que fuerce la cerradura —dijo Pirolupus mientras desenroscaba el tapón de un jarro. Cubrió su coraza y guanteletes

con un fluido viscoso y dejó un charco a sus pies en el suelo al final del vestíbulo—. Atad a la chica. Vamos.

Rourke, que se había dispuesto a recoger su casco, se detuvo a medio camino.

—¿Atarla? Es inofensiva.

—Es una de esas vírgenes que a las sierpes les encanta comer. Y además, sabemos que al monstruo le gusta su voz. Saldrá arrastrándose de esa pocilga si tenemos el cebo adecuado. Y ese cebo no es una planta. Los cebos se retuercen.

Pirolupus se movió afanoso por el vestíbulo y se dirigió a Shesheshen. El aceite del jarro opacaba el brillo de su coraza. Malik corrió tras él y lo sujetó del bíceps recubierto de armadura dorada.

—Esperad, esperad —dijo Malik—. Tiene que haber otra manera.

—Esta situación nos supera —añadió Rourke desde la salida—. Un monstruo inidentificable. Terreno desconocido. Necesitamos todas las ventajas posibles para matarlo.

—Como la mandíbula del invocador —apuntó Malik.

Pirolupus alzó los guanteletes, que chorreaban aceite.

—No necesitamos la mandíbula del invocador cuando ya sabemos que el romero funciona con esa cosa. No me va a comer así, cubierto de aceite.

Todo iba demasiado deprisa. Shesheshen intentó esconderse en el pasillo contiguo mientras atraía hacia la superficie de su cuerpo algunas de las piedras más afiladas que guardaba en su interior y preparaba las garras.

—Señores, el volumen. Si despiertan al monstruo, ninguno estaremos a salvo.

Pirolupus apartó la mano de Malik de un manotazo.

—Mi familia ha matado sierpes de esta forma durante generaciones. Se deja a un plebeyo cualquiera en un sitio donde el monstruo pueda olerlo y, cuando salga para zampárselo, desfundamos las espadas. Le rajamos el vientre, conseguimos la sangre y vosotros dos os podéis pasar el resto de vuestras vidas intentando gastar el dinero que acabáis de conseguir.

Malik redujo el paso. Ya no perseguía a su jefe.

—No.

—Mi familia es la que paga. O me obedecéis u os convertís en forajidos. ¿Qué preferís? —dijo Pirolupus.

Shesheshen deseaba con todas sus fuerzas que uno de los cazadores le pusiera punto final a la situación. Que se alzara en defensa del sentido común si no iba a hacerlo en defensa de los derechos de una jovencita. Una damisela que les había ofrecido un motivo excelente para largarse durante varias semanas.

Pero los humanos nunca defendían lo correcto. Se quedaban ahí parados, sintiéndose incómodos, y luego fingían que aquel sentimiento de incomodidad indicaba que eran virtuosos. Ahora Malik se hizo a un lado y le bloqueó el camino parcialmente a Pirolupus. Lo más probable era que al día siguiente se sintiera fatal mientras se gastaba el dinero manchado de sangre para después salir corriendo con su compañero y dar caza al siguiente objetivo.

Y decían que ella era monstruosa.

Había una forma de salvar la situación sin tener que luchar con ellos y terminar asesinando.

—Señores, quizá haya mandíbula del invocador en el bosque de Subestimada al sur de aquí. Es donde papá y yo divisamos al monstruo por primera vez, y papá dijo que creyó advertir el peculiar color de la hierba entre los arbustos. Quizá por eso el monstruo apenas caza en esa zona. Está a menos de un día de distancia. Podrían...

Cuando la mano de Catarsis Pirolupus golpeó a Shesheshen, fue como si el invierno hubiera vuelto de pronto y se hubiera abatido directamente sobre su rostro. El guantelete se le clavó en la carne y le hizo cerrar la boca de golpe.

—Así se estará calladita. Id a por cadenas —dijo.

Pero aún peor que el metal o la fuerza del golpe fue el ardor que sintió. A pesar de que Shesheshen no tenía sentido del olfato, su carne degustó el romero, su piel comenzó a borbotear y le salieron forúnculos allí donde la había tocado el aceite. Los ojos de la criatura se ocultaron en el interior de su cabeza para protegerse de aquel dolor tan intenso. Era tan horrible que no consiguió reprimir las arcadas.

Abrió la garganta y la cavidad del pecho y le vomitó el cepo encima. La trampa se cerró con un chasquido y el sonido reverbe-

ró en el pasillo, cortando el grito de Pirolupus y de paso, también, su mano derecha. El cepo había sido demasiado entusiasta: había atravesado el oro y los huesos a la par y le había arrancado la mano con sus mandíbulas.

Pirolupus se agarró el brazo mutilado.

—¡Joder! ¡Ayudadme, por los putos dioses!

Shesheshen escupió la trampa y la mano, ya que no deseaba volver a probar el romero. Todos los lugares donde el aceite la había escaldado siguieron agrietándose y pudriéndose. Se arrancó la piel del rostro y el cuello, dejando caer las tiras al suelo mientras chillaba. Brotaron fluidos de las heridas. El dolor le hizo perder la coherencia, de modo que las varas óseas de su cuerpo comenzaron a sobresalir y perforarle el pellejo, derribando los ladrillos de las paredes con sus sacudidas. Esperaba poder decapitar a alguno de aquellos mamíferos vanidosos.

Cuando recobró la vista, Rourke se había marchado. Había huido tan deprisa como un fantasma que huele la lógica en el aire. Malik se había quedado, y revoloteaba alrededor de Pirolupus tratando de envolver el muñón de su jefe con un pedazo de tela mientras lo conducía hasta la salida. La herida no dejaba de sangrar, pintando el suelo de un vivo color carmesí.

Catarsis Pirolupus le asestó un puntapié a Malik entre las piernas, le enganchó la rodilla y lo tiró al suelo. El cazador cayó de bruces y su cráneo aterrizó contra el suelo de piedra emitiendo un golpe sordo.

Pirolupus pasó por encima de su secuaz y se encaminó a la salida alumbrada por el sol. Mantuvo el brazo mutilado en alto mientras con la mano izquierda intentaba apretar las placas de metal y aplicar presión. La herida aún sangraba, decorándole la cara armadura con sus propias entrañas.

—¡Madre vendrá a por ti, ahogapeces! ¡Serás un trofeo!

Mientras despotricaba, pisó el charco de aceite de romero que había derramado al untarse con él. Una pesada bota aterrizó con un leve chapoteo y se resbaló antes de poder levantar la otra pierna con calma. Pirolupus giró en la esquina del pasillo, con todo su peso y su armadura, y cayó de espaldas.

Shesheshen ya tenía a dos indeseables en el suelo.

Dejó que algunos pedazos de su carne colgaran por fuera de la capa y se arrastraran por el suelo hasta hallar las piedras. Se apoyó en las varillas que tenían en su interior. Las piedras conformaban unos pies decentes, pero podían reutilizarse como manguales. Fue aumentando de tamaño con cada paso y se movió con pesadez sobre los dos intrusos.

Estaba fantaseando con quebrar la armadura de Pirolupus, como si del caparazón de una langosta se tratase, cuando este estiró la mano que le quedaba. Antes de que Shesheshen pudiera saltar sobre él, se oyó el chasquido de su ballesta.

La flecha la alcanzó en lo alto del pecho, cerca de donde se encontraba guardado el cepo. Ahora todo era tejido en bruto, tan blando que la flecha la atravesó y la punta le sobresalió por la piel del cuello.

—En todo el corazón —anunció Pirolupus.

Al igual que no tenía sangre, tampoco poseía un corazón. Estaba deseando ingerir el de aquel hombre cuanto antes. Aferró el extremo de la flecha, que era más ancho de lo habitual. Aunque tiró de ella, no consiguió liberarse y los ganchos de la flecha le provocaron varios agujonazos allí donde los tenía clavados. Les ordenó a sus tejidos internos que se relajaran y la soltaran. Pero lo que hicieron fue endurecerse. Su carne se quedó petrificada y se negó a obedecerla.

Sacarse aquella cosa iba a resultarle un problema. Tenía que recuperar fuerzas. Por suerte, tenía a aquellos dos humanos para desayunar.

—¡No será hoy!

Era la voz rasgada del cazador viejo, Rourke. El hombre entró a la carrera en el pasillo con una antorcha iluminándolo todo en tonos anaranjados. La blandió y agitó en el aire mientras se dirigía hacia ella.

—Ya era hora —dijo Pirolupus mientras intentaba ponerse de rodillas sin éxito. Aquella armadura parecía muy pero que muy pesada. El hombre levantó los brazos hacia Rourke—. Sácame de aquí.